

EINE KLEINE NACHTMUSIK

Fredric Brown

Se llamaba Dooley Hanks y era Uno de los Nuestros, con lo cual quiero decir que era en parte paranoico, en parte esquizofrénico y, sobre todo, un chalado con una poderosa idée fixe, una obsesión. Su obsesión consistía en que algún día encontraría El Sonido que había buscado durante toda su vida, o al menos durante toda su vida desde hacia veinte años, aún en la adolescencia, cuando había comprado un clarinete y aprendido a tocarlo. A decir verdad, sólo era un músico corriente, pero el clarinete era su batuta y su orquesta y el palo de escoba que le permitió viajar sobre la faz de la Tierra, por todos los continentes, en busca de El Sonido. Tocaba un poco aquí y un poco allá y después, cuando tenía encima algunos dólares, libras, dracmas o rublos, se dedicaba a caminar hasta que el dinero empezaba a escasear y entonces se dirigía a la ciudad más próxima lo bastante grande para permitirle reunir algo de dinero.

Ignoraba cómo sonaría El Sonido, pero sabía que se daría cuenta al oírlo. Tres veces creyó haberlo encontrado. Una vez, en Australia, cuando escuchó por vez primera a un toro rugidor. Otra vez, en Calcuta, al oír una chirimía tocada por un faquir para encantar a una cobra. Y por tercera vez, al oeste de Nairobi, en la fusión de la risa de una hiena con la voz de un león. Pero al escuchar por segunda vez al toro rugidor, sólo fue un sonido; la chirimía, después de comprársela al faquir por veinte rupias y llevársela a su casa, sólo resultó ser un instrumento de boquilla tosco y ronco de poca extensión y carente de escala cromática; los sonidos de la selva finalmente se convirtieron en simples rugidos de león y risas de hiena, en modo alguno en El Sonido.

En realidad, Dooley Hanks poseía un enorme y raro talento que para él pudo significar mucho más que su clarinete: un don para las lenguas. Conocía decenas de idiomas y todos los hablaba con fluidez y sin acento. Le bastaban pocas semanas en cualquier país para aprender su idioma y hablarlo como un nativo. Pero jamás había intentado sacar provecho de su talento ni lo habría hecho. Pese a ser un intérprete mediocre, el clarinete era su debilidad.

En ese momento acababa de dominar el alemán, aprendido en las tres semanas en las que tocó con un combo en un stube de Hannover, en Alemania Occidental. Y el dinero que llevaba en el bolsillo eran marcos. Y al final de un día de caminata, prolongada con un viaje bastante largo en un Volkswagen, se detuvo bajo la luz de la luna en las orillas del río Weser. Ataviado con su ropa de andarín y con la de trabajo y traje bueno en una mochila que cargaba a la espalda. Con el estuche del clarinete en la mano; siempre lo llevaba y así y nunca lo colocaba en una maleta cuando la usaba ni en la mochila cuando caminaba.

Impulsado por un demonio, súbitamente sintió una agitación que debía ser, que sólo podía ser una corazonada, la sensación de que al fin estaba a punto de encontrar realmente El Sonido. Temblaba ligeramente; nunca antes había tenido una corazonada tan poderosa, ni siquiera con los leones y las hienas, y ésa había sido la más potente.

¿Pero dónde? ¿Aquí, en el agua? ¿O en la próxima población? Seguramente no más lejos que la próxima población. La corazonada era tan

fuerte, tan temblorosamente fuerte. Como al borde de la locura; súbitamente supo que enloquecería si no lo encontraba pronto. Quizás estaba ya un poco loco.

La mirada fija en las aguas iluminadas por la luna. Súbitamente algo quebró la superficie, brilló silenciosamente blanco bajo la luz de la luna y volvió a desaparecer. Dooley clavó la mirada en el lugar. ¿Un pez? No había habido sonido ni chapoteo. ¿Una mano? ¿La mano de una sirena que había nadado corriente arriba desde el mar del Norte y le llamaba? Ven, el agua está tibia. (Pero no sería así, estaba fría.) ¿Alguna ondina sobrenatural? ¿Una doncella del Rin desplazada al Weser?

Pero ¿se trataba realmente de una señal? Dooley, que ahora temblaba al pensar en lo que estaba pensando, permaneció a orillas del Weser e imaginó cómo sería... chapoteando lentamente desde la orilla, dejando que sus emociones crearan el son para el clarinete, echando la cabeza atrás a medida que el río se hiciera profundo de modo que el instrumento sobresaldría después de que él quedara sumergido y el pabellón del clarinete sería lo último en hundirse. Y el sonido, fuera cual fuese, sería producido por las aguas burbujeantes que los rodearían. Primero a él y luego al clarinete. Recordó la remanida suposición - que anteriormente había considerado con iconoclasta desdén pero que ahora se sentía casi dispuesto a aceptar - de que una persona que se ahoga tenía una rápida visión de toda su vida a medida que ésta relampagueaba ante sus ojos en la gran final de la vida. ¡Qué montaje delirante sería! ¡Qué inspiración para los gorgoteos finales del clarinete! ¡Qué fusión frenética de la totalidad de su existencia salvaje, dulcemente triste y torturada, al tiempo que sus esforzados pulmones expulsaban el último jadeo en una nota final e inhalaban las aguas frías y oscuras! Un estremecimiento de jadeante expectación recorrió el cuerpo de Dooley Hanks mientras sus dedos temblaban aferrados al baqueteado estuche del clarinete.

Pero no, se dijo. ¿Quién le oiría? ¿Quién se enteraría? Era importante que alguien oyera. De lo contrario, su búsqueda, su descubrimiento, toda su vida serían en vano. La inmortalidad no puede extraerse del conocimiento solitario de la propia grandeza. ¿Y de qué servía El Sonido si le provocaba la muerte en lugar de la inmortalidad?

Un callejón sin salida. Otro callejón sin salida. Quizá la próxima población. Sí, la próxima población. Ahora recuperaba su corazonada. ¿Había sido tan tonto como para pensar en ahogarse? Con tal de encontrar El Sonido, mataría si tuviera que hacerlo..., pero no a sí mismo. Ello haría que todo perdiera su significado.

Con la sensación de que se había salvado por un pelo, se volvió y se alejó del río, regresó hasta la carretera que avanzaba paralelamente a éste y emprendió la marcha hacia las luces de la siguiente población. Aunque por lo que Dooley Hanks sabía no tenía sangre india, caminaba como un indio, un pie directamente delante del otro, como si anduviera por la cuerda floja. Y en silencio, o tan silenciosamente como le permitían sus botas de marcha apoyando primero la planta para suavizar cada paso antes de que el tacón tocara el suelo. Y caminó rápidamente porque aún era temprano y, después de registrarse en un hotel y quitarse de encima la mochila, tendría tiempo suficiente para explorar la ciudad antes de que la gente poblara las calles. La bruma empezaba a adensarse.

Lo mezquino de su huida del impulso suicida a orillas del Weser aún le preocupaba. Le había ocurrido antes, pero nunca tan poderosamente. La última vez había sido en Nueva York, en la azotea del Empire State Building, a más de cien pisos sobre la calle. Era un día claro y despejado y lo mágico del panorama le dominó. Súbitamente se sintió presa del mismo regocijo delirante, convencido de que un relámpago de inspiración había puesto fin a su búsqueda, situando la meta en la punta de sus dedos. Lo único que tenía que hacer era retirar el clarinete del estuche y montarlo. La visión mágica se revelaría en las primeras notas diáfanas de instrumento y las cabezas de los demás visitantes se volverían maravilladas. Después el jadeo contrastante cuando saltara al espacio y las notas gimientes, suspirantes y chillones a medida que volaba hacia el pavimento, la extraña melodía inspirada por la arremolinada escena variopinta de la calle y la acera y las personas que miraban con horrorizada fascinación y le miraban a él, a Dooley Hanks, y oían El Sonido, su sonido, a medida que crecía hacia un soberbio fortísimo, la gran final de su más grandioso solo... la bronca nota final cuando su cuerpo chocaba contra la acera y la carne, la sangre y los huesos astillados se fundían con el cemento, obligando a la última y gloriosa expulsión del aliento a través del clarinete poco antes de que éste abandonara sus dedos exánimes. Pero se había salvado al volverse y correr hacia la salida y el ascensor.

No quería morir. Tendría que seguir recordárselo. Ningún otro precio sería demasiado alto.

Ya estaba ciudad adentro. En un barrio viejo de calles oscuras y estrechas y edificios antiguos. La bruma se enroscaba desde el río como una serpiente gigante que al principio abrazó la calle para después crecer y elevarse lentamente hasta empañar y diluir su visión. Pero en medio de ésta, al otro lado de la calle empedrada, vio el cartel iluminado de un hotel: Hoter den Linden. Nombre pretencioso para un hotel tan pequeño, pero parecía barato y eso era lo que buscaba. Comprobó que era barato, de modo que alquiló una habitación y subió su mochila. Pensó en cambiar sus ropas de marcha por su traje bueno pero decidió no hacerlo. Esa noche no buscaría un contrato; al día siguiente tendría tiempo. Pero llevaría su clarinete, sin la menor duda: siempre lo hacía. Esperaba dar con un lugar donde conocer a otros músicos, en donde tal vez le invitaran a compartir la mesa con ellos. Naturalmente, les preguntaría cuál era el mejor modo de conseguir un trabajo allí. El hecho de llevar el estuche de cualquier instrumento es una presentación automática entre los músicos. En Alemania o en cualquier parte.

Al pasar por la recepción mientras salía, pidió al encargado - un hombre que parecía tan viejo como el mismo hotel - que le explicara cómo dirigirse al centro de la ciudad, a los lugares animados. Una vez fuera, se dirigió hacia donde el anciano le había indicado, pero las calles eran tan curvadas y la bruma tan espesa que pocas calles después se perdió y ya ni siquiera supo cómo había llegado hasta allí. Por lo tanto, vagabundeo sin rumbo fijo y pocas calles después se encontró en un barrio extraño. Sin causa definida, esa extrañeza le acobardó y durante unos instantes de temor corrió para abandonar el barrio tan pronto como pudiera, pero se detuvo cuando súbitamente notó que el aire transportaba música... un susurro musical extraño y obsesionante que, después de escucharlo durante un prolongado instante, le empujó por la oscura callejuela en busca de su origen. Parecía la interpretación de un solo instrumento, un instrumento de boquilla que no sonaba exactamente como un

clarinete ni exactamente como un oboe. Aumentó de volumen y luego volvió a diluirse. Sin éxito, Dooley buscó una luz, movimiento, algún indicio de su origen. Se volvió para desandar lo andado, avanzó de puntillas y la música volvió a crecer. Unos pocos pasos más y se desvaneció, por lo que Dooley retrocedió esos pocos pasos y se detuvo a observar el edificio tétrico y melancólico. Ninguna de las ventanas estaba iluminada. Pero ahora la música lo cubría totalmente y... ¿era posible que llegara desde abajo, por debajo de la acera?

Avanzó un paso hacia el edificio y vio lo que antes no había percibido. Paralelamente a la fachada, abierto y sin la protección de una barandilla, un tramo de gastados escalones de piedra conducía hacia abajo. Y al final de éstos, una hendidura de luz amarilla dibujaba tres lados de una puerta. La música provenía de detrás de esa puerta. En ese momento pudo oír voces que conversaban.

Bajó cautelosamente los escalones y se detuvo ante la puerta, preguntándose si debía llamar o limitarse a abrirla y ¿Acaso se trataba de un lugar público a pesar de que no había visto un cartel por ninguna parte? ¿De un lugar tan conocido por sus parroquianos que el cartel estaba de más? ¿O de una fiesta privada en la que él sería un intruso?

Decidió que la cuestión de si la puerta tenía o no echado el cerrojo se respondiera por sí misma. Apoyó la mano en el pomo, la puerta se abrió y entró.

La música llegó hasta él y le abrazó tiernamente. El establecimiento parecía un lugar público, una bodega. En un extremo de la amplia estancia se alzaban tres enormes cubas de vino provistas de espitas. Había mesas y personas, tanto hombres como mujeres, sentadas ante ellas. Todos tenían delante de vino. No había picheles; al parecer, sólo servían vino. Unas pocas personas le miraron, aunque con desinterés y sin el gesto que se dedica a un intruso, por lo que estaba claro que no se trataba de una fiesta privada.

El músico - sólo había uno - se encontraba en un extremo del establecimiento, sentado en un taburete. La estancia estaba tan cargada de humo como la calle lo había estado de bruma y, de todos modos, los ojos de Dooley no eran demasiado penetrantes; desde esa distancia no lograba discernir si el instrumento del músico era un clarinete, un oboe, o ninguno de los dos. Y en ese momento, sus oídos tampoco podían responder a la misma pregunta en la propia estancia.

Cerró la puerta y se abrió paso entre las mesas, en busca de una vacía lo más cercana posible al músico. Encontró una no demasiado alejada y se sentó. Empezó a estudiar el instrumento con los ojos y con los oídos. Le pareció conocido. Había visto uno igual o casi igual en algún sitio pero, ¿dónde?

- Ja, mein Herr - susurraron cerca de su oído y se volvió. Un camarero menudo y regordete con faja de piel estaba a su lado -. Zinfandel. Borgoña. Riesling.

Dooley no sabía nada sobre vinos y le importaban muy poco, pero repitió el nombre de uno de los tres. Mientras el camarero se alejaba de puntillas, colocó una pequeña pila de marcos sobre la mesa para que no molestasen su atención cuando el vino llegara.

Volvió a estudiar el instrumento y en ese momento intentó no oírlo, a fin de poder concentrarse y recordar dónde había visto una vez algo parecido. Tenía aproximadamente la longitud de su clarinete y el pabellón era ligeramente más

largo y acampanado. Estaba construido - por lo que pudo distinguir era de una sola pieza - con alguna madera oscura de color intermedio entre el nogal y la caoba, fuertemente lustrado. Tenía agujeros para los dedos y sólo tres llaves, dos en la parte inferior a fin de extender la escala descendente en dos semitonos y uno en la parte superior, operado por el pulgar, que seguramente sería una llave de octava.

Cerró los ojos y habría cerrado los oídos si éstos funcionaran de tal manera, a fin de recordar dónde había visto algo parecido. ¿Dónde?

Gradualmente lo recordó. Un museo de algún sitio. Probablemente de Nueva York, porque allí había nacido y crecido, no había salido de esta ciudad hasta que tuvo veinticuatro años, y eso era de antes, por ejemplo de cuando aún era un adolescente. ¿El museo de ciencias naturales? Ese aspecto no era importante. Había visto una sala o varias con escaparates de cristal en los que se exhibían instrumentos musicales antiguos y medievales: viola da gamba y viola d'amore, sacabuches, flautas dulces, laúdes, tambores y pífanos. Una de las vitrinas sólo exhibía dos instrumentos precursores del oboe moderno. Y este instrumento, que ahora escuchaba extasiado, era un oboe medieval. Podía distinguirse de otro tipo de oboe antiguo porque tenía embocadura esférica con las lengüetas en el interior; el oboe medieval era el paso intermedio entre el antiguo y el oboe a secas. Había pasado por varias etapas de desarrollo, desde no tener ninguna llave, sólo agujeros para los dedos, hasta contar con alrededor de media docena. Sí, había existido una versión de tres llaves, idéntica a ésta excepto en el hecho de que había sido de madera clara en lugar de oscura. Sí, fue en su adolescencia, al principio de su adolescencia, cuando lo vio, cuando cursaba el primer año en la escuela secundaria. Porque entonces empezaba a interesarse por la música y aún no había conseguido su primer clarinete; aún intentaba decidir qué instrumento quería tocar. Por ese motivo los instrumentos antiguos y su historia le fascinaron por un corto período. En la biblioteca de la escuela secundaria había encontrado un libro sobre el tema y lo leyó. Decía... ¡Santo cielo, decía que el oboe medieval tenía un tono tosco en el registro más bajo y estridente en las notas agudas! Una gran mentira, si se trataba de ese instrumento. Era tan suave como la miel a lo largo de su escala y poseía un tono rico y fuerte infinitamente más agradable que el tono delgado y agudo del oboe. Mejor aún que un clarinete; el clarinete sólo podía parecerse en su registro más bajo o chalumeau.

Y Dooley Hanks supo, más allá de toda certeza, que tenía que poseer un instrumento como ése y que lo tendría; al margen de lo que tuviese que pagar o hacer para conseguirlo.

Después de tomar irrevocablemente esa decisión y mientras la música aún le acariciaba como una mujer y lo excitaba como nunca mujer alguna lo había hecho, Dooley abrió los ojos. Puesto que echó la cabeza hacia adelante mientras se concentraba, lo primero que vio fue una gran copa de vino que habían colocado delante de él. La cogió y, observando por encima, logró apartar la mirada del músico; Dooley elevó la copa en un brindis mudo y la vació de un solo trago.

Al bajar la cabeza después de beber - el vino había resultado inesperadamente bueno - notó que el músico se había dado vuelta ligeramente en el taburete y miraba hacia otro lado. Bien, así tenía la posibilidad de estudiar al hombre. El músico era alto pero delgado y de aspecto frágil. Resultaba

imposible deducir su edad; podía tener entre cuarenta y sesenta años. Su apariencia era algo andrajosa y su gastado abrigo no hacía juego con los pantalones bombachos y una llamativa bufanda de rayas rojas y amarillas que colgaba flojamente de su cuello flaco y huesudo, con una prominente nuez que subía y bajaba cada vez que respiraba para tocar. Su cabello enmarañado necesitaba un peluquero, su rostro era delgado y pálido y sus ojos de un azul tan claro que parecían desteñidos. Sólo sus dedos tenían el estigma de un músico magistral: largos, delgados y graciosamente ahusados. Bailaban ágilmente al son de la maravillosa música a la que daban forma.

Después, con un último son de notas agudas que sorprendió a Dooley pues llegaron como mínimo media octava por encima de lo que había supuesto era la extensión máxima del instrumento y aún poseían la rica resonancia del registro más bajo, la música cesó.

Hubo algunos segundos de lo que casi pareció un silencio asombrado y luego estallaron y crecieron los aplausos. Dooley también aplaudió y empezaron a arderle las doloridas palmas de las manos. El músico, con la vista fija hacia delante, no parecía reparar en nada. Antes de treinta segundos se llevó nuevamente el instrumento a la boca y los aplausos cesaron rápidamente con la primera nota.

Dooley sintió una ligera palmada en el hombro y miró a su alrededor. El camarero menudo y regordete había vuelto. Esta vez ni siquiera susurró, pues se limitó a alzar inquisitivamente las cejas. Después de retirarse con la copa vacía, Dooley volvió a cerrar los ojos y consagró toda su atención a la música.

¿Música? Sí, era música, pero ningún tipo de música que hubiese oído con anterioridad. Se trataba de una mezcla de todos los tipos de música, antigua y moderna, jazz y clásica, una fusión magistral de paradojas o quizá quería decir opuestos: dulce y amargo, hielo y fuego, leves brisas y furiosos huracanes, amor y odio.

Cuando abrió nuevamente los ojos, tenía una copa llena delante. Esta vez bebió lentamente. ¿Cómo demonios se las había arreglado sin vino durante toda su vida? Bueno, de vez en cuando había bebido una copa, pero jamás había tenido el sabor de este vino. ¿O acaso era la música lo que le proporcionaba ese sabor?

La música cesó y volvió a unirse a los efusivos aplausos. En esta ocasión el músico bajó del taburete y reconoció los aplausos con un movimiento espasmódico después se colocó el instrumento bajo el brazo y atravesó rápidamente la estancia - lamentablemente, no pasó cerca de la mesa de Dooley - con porte desgarbado e inclinado hacia delante. Dooley volvió la cabeza para seguirle con la mirada. El músico se sentó ante una pequeña mesa adosada a la pared, capaz para un sola persona y por ello sólo tenía una silla. Dooley pensó en trasladar su silla hasta ella, pero decidió no hacerlo. Evidentemente el hombre quería estar solo ya que, de lo contrario, no se hubiese sentado ante esa mesa.

Dooley miró a su alrededor hasta cruzar la mirada con la camarero y le hizo una señal. Cuando se acercó, Dooley le pidió que sirviera una copa de vino al músico y que le invitara a reunirse con él en su mesa, que le dijera que él también era músico y le gustaría conocerle.

- No creo que acepte - explicó el camarero -. Hubo otras personas que lo intentaron y siempre se negó amablemente. En cuanto a lo del vino no es necesario; durante la velada pasamos varias veces un sombrero para él.

Alguien ha empezado a hacerlo ahora y, si lo desea, puede contribuir de este modo.

- Lo deseo - aseguró Dooley -. Pero, por favor, llévele el vino y dele, de todos modos, mi mensaje.

- Ja, mein Herr.

El camarero cogió un marco por adelantado, se dirigió a una de las tres cubas, llenó una copa de vino y se la llevó al músico. Dooley vio que el camarero dejaba la copa en la mesa del músico y, mientras hablaba, señalaba en dirección a él. Para que no hubiera posibilidad de error, Dooley se puso en pie e hizo una ligera inclinación dirigida a ellos.

El músico también se puso de pie y respondió a la reverencia algo más profundamente y desde la cintura. Pero luego se volvió hacia la mesa y tomó nuevamente asiento. Dooley supo que su primera propuesta había sido rechazada. Bueno, quedaban otras posibilidades y otras veladas. Apenas frustrado, volvió a sentarse y echó otro trago de vino. Sí, incluso sin la música o, mejor dicho, con los efectos secundarios de la música aún tenía un sabor maravilloso.

Un vecino impasible y rubicundo pasó el sombrero para el músico y Dooley, al ver que no contenía billetes grandes y como no deseaba hacerse notar, echó dos marcos del pequeño montón que tenía en la mesa.

Después vio que una pareja abandonaba una mesa para dos situada directamente delante del taburete en el que se había sentado a tocar el músico. Ah, exactamente lo que quería. Apuró rápidamente la copa, cogió las monedas y el clarinete y se trasladó a la mesa situada junto al escenario mientras la pareja se alejaba. No sólo podría ver y oír mejor, sino que estaba en el lugar ideal para interceptar al músico con una invitación personal después de la siguiente interpretación. En lugar de dejarlo en el suelo, colocó el estuche del clarinete sobre la mesa, a la vista de todos, para que el hombre supiera que no sólo era compañero músico, lo que podía querer decir casi cualquier cosa, sino un camarada intérprete de un instrumento de viento de madera.

Pocos minutos después tuvo la oportunidad de pedir otra copa de vino y cuándo el camarero se la sirvió, le arrastró a una conversación.

- Deduzco que nuestro amigo rechazó mi invitación ¿Puedo saber cómo se llama?

- Otto, mein Herr.

- ¿Otto qué? ¿No tiene apellido?

Los ojos del camarero brillaron.

- Una vez se lo pregunté. Niemand, me respondió. Otto Niemand.

Dooley sonrió. Sabía que Niemand, en alemán, quería decir «nadie».

- ¿Cuánto hace que toca aquí? - preguntó.

- Ah, sólo esta noche. Viaja. Esta noche es la primera vez que le vemos desde hace casi un año. Cuando viene, sólo es por una noche y le dejamos tocar y pasamos el sombrero. Normalmente no tenemos música aquí, no es más que una simple bodega.

Dooley frunció el ceño. En consecuencia, tendría que cerciorarse de establecer contacto esa noche.

- Sólo es una bodega - repitió el camarero -. Pero si tiene hambre podemos servirle un bocadillo. De jamón, knackwurst o queso a la cerveza.

Dooley no había prestado atención y le interrumpió:

- ¿Cuándo volverá a tocar? ¿Pasa mucho tiempo entre una interpretación y otra?

- Ah, esta noche no volverá a tocar. Hace un minuto, mientras le traía el vino, le he visto salir. Quizá no volvamos a verle durante mucho...

Pero Dooley ya había cogido el estuche de su clarinete y corría tan de prisa como podía trazando un camino serpenteante entre las mesas. Salió sin molestarse en cerrar la puerta y subió los escalones de piedra hasta la acera. Ahora la bruma no era tan espesa, salvo en bancos. Pero no veía a niemand en ninguna dirección. Permaneció totalmente inmóvil para escuchar. Durante un instante sólo percibió los sonidos de la bodega pero después, felizmente, alguien cerró la puerta que había dejado abierta y en el silencio posterior creyó oír, durante un segundo, pasos a su derecha, la dirección de la que había llegado.

Como no tenía nada que perder, corrió hacia allí. La calle trazaba una curva y luego aparecía una esquina. Se detuvo y volvió a escuchar y... en esa dirección, a la vuelta, de la esquina, creyó oír pisadas y corrió hacia ellas. Después de media manzana distinguió delante una figura, demasiado lejana para reconocerla, pero gracias a Dios alta y delgada; podía ser el músico. Y más allá de la figura, desvaída en medio de la bruma, podía divisar luces y oír los ruidos del tráfico. Seguramente ésa era la vuelta que se había olvidado de dar al tratar de seguir las indicaciones del recepcionista del hotel para encontrar la zona de vida nocturna de la ciudad o lo más aproximado a ello que una ciudad de ese tamaño podía tener.

Acortó la distancia a un cuarto de manzana, abrió la boca para llamar a la figura que avanzaba delante y descubrió que estaba demasiado jadeante para gritar. Dejó de correr y empezó a andar. Ya no había peligro de perder al hombre ahora que estaba tan cerca. Recuperó el aliento y acortó lentamente las distancias.

Se encontraba a unos pocos pasos del hombre - y, gracias a Dios, era el músico - y alargaba las zancadas para llegar a su lado y hablarle cuando el hombre bajó del bordillo y empezó a cruzar la calle en diagonal. En ese mismo momento un coche que iba a toda velocidad, conducido por alguien que debía estar borracho, giró en la esquina detrás de ellos, se sacudió momentáneamente y luego se enderezó en una trayectoria que se dirigía en línea recta hacia el confiado músico. En una súbita acción refleja Dooley, que nunca en su vida había realizado conscientemente un acto heroico, se lanzó a la calle y empujó al músico para alejarlo del trayecto del coche. El impulso le hizo caer encima del músico y se estiró jadeante en esa posición protectora mientras el coche pasaba tan cerca que envió dedos de aire que tironearon de su ropa. Dooley levantó la cabeza a tiempo de ver los dos ojos rojos de los faros traseros que desaparecían en la bruma calle abajo.

Dooley escuchó el tamborileo de su corazón en los oídos mientras se apartaba para liberar al músico y ambos hombres se pusieron lentamente de pie.

- ¿Pasó cerca?

Dooley asintió y tragó saliva con dificultad.

- Como una navaja de canto.

El músico había cogido el instrumento de debajo del abrigo y lo estudiaba.

- No se ha roto - comentó.

Al comprender que sus manos estaban vacías, Dooley se volvió en busca del estuche del clarinete. Y lo vio. Debió dejarlo caer cuando levantó las manos para empujar al músico. Una rueda delantera y una trasera del coche debieron pasarle por encima, ya que estaba aplastado en ambos extremos. El estuche y todas las piezas del clarinete estaban astillados, chatarra inútil. Lo acarició unos instantes y luego fue hasta la cuneta y lo arrojó allí.

El músico se acercó y se detuvo a su lado.

- Una lástima - murmuró suavemente -. La pérdida de un instrumento es como la pérdida de un amigo.

A Dooley acababa de ocurrírsele una idea, por lo que no respondió, pero logró parecer más triste de lo que se sentía. La pérdida del clarinete era un golpe al bolsillo, pero nada irrevocable. Tenía lo suficiente para comprar, en principio, otro usado aunque no tan bueno, y durante un tiempo tendría que trabajar más y gastar menos hasta conseguir uno realmente bueno como el que acababa de perder. Le había costado trescientos. Dólares, no marcos. Pero conseguiría otro clarinete. Sin embargo, en ese momento estaba mucho más interesado en hacerse con el oboe del músico alemán o con uno igual. Trescientos dólares, no marcos, era calderilla comparado con lo que daría por eso. Y si el hombre se sentía responsable y ofrecía...

- Fue culpa mía - afirmó el músico -. Me pasó por no mirar. Me gustaría poder permitirme el lujo de ofrecerle comprar un nuevo..., era un clarinete, ¿no?

- Sí - replicó Dooley y trató de parecer un hombre al borde de la desesperación y no al borde del mayor descubrimiento de su vida -. Bueno, lo que está kaput está kaput. ¿Vamos a algún sitio a tomar algo?

- A mi cuarto - dijo el músico -. Tengo vino allí. Y tendremos intimidad y podré tocar una o dos piezas que no interpreto en público. Puesto que usted también es músico - sonrió -. Eine Kleine Nachtmusik, ¿eh? Una breve melodía nocturna, pero no de Mozart sino mía.

Dooley logró ocultar su entusiasmo y asentir como si no le importara demasiado.

- De acuerdo, Otto Niemand. Me llamo Dooley Hanks.

El músico sonrió.

- Llámeme Otto, Dooley. No uso apellido y digo que es Niemand a todo aquel que insiste en que se lo diga. Vamos, Dooley, no es lejos.

No estaba lejos, en efecto, sólo a una manzana doblando por la siguiente calle lateral. El músico entró en una casa vieja y a oscuras. Abrió la puerta de la calle con la llave y luego encendió una pequeña linterna de bolsillo para que vieran al subir por la escalera ancha pero sin alfombrar. Explicó que la casa estaba deshabitada y condenada al derribo, de modo que no había electricidad. Pero el propietario le había entregado una llave y le había dado permiso para utilizarla mientras siguiera en pie; había unos pocos muebles dispersos y se apañaba. Le gustaba contar con toda una casa para él porque podía tocar a cualquier hora de la noche sin molestar a nadie.

Abrió la puerta de un cuarto y entró. Dooley esperó en el umbral hasta que el músico encendió una lámpara de aceite colocada sobre el aparador y luego le siguió. Junto al aparador sólo había una silla de respaldo recto, una mecedora y una cama individual.

- Siéntese, Dooley - invitó el músico -. La cama le resultara más cómoda que la silla de respaldo recto. Y si voy a tocar, prefiero la mecedora. - Cogió dos

vasos y una botella del cajón superior del tocador -. Veo que me equivoqué. Creí que era vino lo que había dejado pero es coñac. Aunque es mejor, ¿no?

- Sí, es mejor - respondió Dooley.

Apenas podía contenerse de pedir permiso para probar el oboe, pero consideraba que sería mejor esperar hasta que el coñac hubiese producido un ligero ablandamiento. Se sentó en la cama.

El músico entregó a Dooley una enorme copa de coñac; regresó hasta el tocador, cogió su copa y, con el instrumento en la otra mano, se acercó a la mecedora. Alzó la copa y dijo:

- Por la música, Dooley.

- Por la Nachtmusik - brindó Dooley. Echó un buen tragó que le quemó como fuego, pero era un buen coñac. Ya no cabía esperar más -. Otto, ¿le molesta que mire su instrumento? Se trata de un oboe medieval, ¿no?

- Un oboe medieval, sí. No muchos lo reconocerían. Ni siquiera los músicos. Pero lo siento, Dooley. No puedo permitir que lo manipule. Ni que lo toque, si pensaba pedírmelo. Lo siento pero las cosas son así, amigo mío.

Dooley asintió e intentó no parecer abatido. La noche es joven se dijo; una o dos copas de coñac de ese tamaño quizá le ablanden. Mientras tanto, podía averiguar tanto como le fuera posible.

- ¿Es...? Quiero decir si su instrumento es real. Quiero decir si es medieval o una reproducción moderna.

- Lo construí yo mismo, a mano. Una obra de amor. Pero, amigo mío, le aconsejo que no se separe del clarinete. Sobre todo, no me pida que le construya uno como éste pues no podría. Hace muchos años que no trabajo con herramientas, con un torno. Descubriría que mi habilidad ha desaparecido. ¿Es usted hábil con las herramientas?

Dooley agitó la cabeza negativamente.

- No sé clavar un clavo. ¿Dónde podría encontrar uno que se parezca al suyo?

El músico se encogió de hombros.

- La mayoría están en museos y son imposibles de conseguir. Tal vez encuentre unas pocas colecciones de instrumentos antiguos en manos privadas y adquiera uno a un precio exorbitante..., y es posible que descubra que aún se puede tocar. Pero, amigo mío, sea inteligente y no se separe de su clarinete. Se lo aconsejo con toda vehemencia.

Dooley Hanks no podía decir lo que pensaba, de modo que permaneció en silencio.

- Mañana hablaremos de conseguir un nuevo clarinete - agregó el músico -. Pero olvidémoslo por esta noche. Y olvide su deseo de tener un oboe medieval, incluso su deseo de tocar éste..., sí, sé que sólo me preguntó si podía manipularlo pero, ¿sería capaz de sostenerlo entre sus manos sin desear acercarlo a sus labios? Bebamos un poco más y después tocaré. ¡Prosit!

Volvieron a beber. El músico pidió a Dooley que hablara de sí mismo y éste lo hizo. Le contó casi todo lo importante de su vida salvo lo único que era lo más importante: su obsesión y el hecho de que había tomado a medias la decisión de matar por ello si no había otra alternativa.

No hay prisa, pensó Dooley, tenía toda la noche por delante. Por eso habló y ambos bebieron. Estaban en la mitad de la tercera ronda - y la última, puesto que habían terminado la botella - de coñac cuando se quedó sin conversación y se produjo un silencio.

Con una cálida sonrisa el músico vació su copa, se desprendió de ella y apoyó ambas manos en el instrumento.

- Dooley... ¿quiere algunas chicas?

Súbitamente, Dooley descubrió que estaba algo borracho. Pero rió.

- Claro - respondió -. Una habitación llena de muchachas. Rubias, morenas y pelirrojas. - Después, debido a que no podía permitir que un carca le superara con el alcohol, vació el resto de la copa de coñac y se echó sobre la cama con los hombros y la cabeza apoyados en la pared -. Tráígalas, Otto.

Otto asintió y empezó a tocar. Súbitamente la belleza vívida y obsesionante de la música que Dooley había oído por última vez en la bodega estaba presente. Pero esta vez una nueva melodía, una melodía que era rítmica y sensual al mismo tiempo. Tan hermosa que producía dolor y durante un instante Dooley pensó impetuosamente: maldito sea, está tocando mi instrumento, me lo debe por el clarinete que perdí. Casi estuvo a punto de levantarse y hacer algo, pues los celos y la envidia le envolvían como llamas.

Pero antes de que pudiera moverse, reparó gradualmente en otro sonido en otra parte, por encima o por debajo de la música. Parecía llegar de fuera, de la acera de abajo, y era un rápido clic-clic-clic-clic que parecía sonido de tacones y luego se encontraba más cerca y era sonido de tacones, de muchos tacones, en la madera, en la escalera sin alfombrar y luego - todo al son de la música - se oyó un suave toc-toc en la puerta. Como en sueños, Dooley volvió la cabeza hacia la puerta a medida que ésta se abría y las muchachas entraban en el cuarto y le rodeaban, le envolvían con su calor físico y sus perfumes exóticos. Dooley miraba con incrédulo deleite y luego anuló la incredulidad; si se trataba de una ilusión, que lo fuera. Siempre que... Estiró ambas manos y, si, se podían tocar además de ver. Había morenas de ojos pardos, rubias de ojos verdes y pelirrojas de ojos negros. Y morenas de ojos azules, rubias de ojos pardos y pelirrojas de ojos verdes. Incluían todos los tamaños, desde menudas a esculturales, y todas eran hermosas.

De algún modo la lámpara de aceite pareció perder fuerza sin apagarse por completo y la música, que ahora se tornaba más desenfrenada, parecía provenir de otro sitio, como si el músico ya no se encontrara en el cuarto, y Dooley pensó que era muy considerado por su parte. Poco después retozaba con las muchachas con atolondrado abandono y probaba aquí y allá como un niño en una pastelería. O un romano durante una orgía, pero ni los romanos ni los dioses del Olimpo tuvieron algo tan bueno.

Al fin, maravillosamente agotado, se acostó en la cama y, rodeado por la suave y fragante carne de las muchachas, se durmió.

Y despertó repentina, total y sobriamente no supo cuánto tiempo después. Pero ahora el cuarto estaba frío, quizá por eso había despertado. Abrió los ojos y vio que estaba solo en la cama y que la lámpara de nuevo (¿o todavía?) ardía normalmente. Al levantar la cabeza vio que el músico también seguía allí, profundamente dormido en la mecedora. Aferraba con fuerza el instrumento con ambas manos, la larga bufanda de rayas rojas y amarillas aún rodeaba su cuello largo y delgado y tenía la cabeza caída contra el respaldo de la mecedora.

¿Había sucedido realmente? ¿O acaso la música le adormeció y por eso había soñado con las muchachas? Apartó la idea, pues no le importaba. Lo importante, lo único importante, consistía en que no se iría de allí sin el oboe. ¿Pero tendría que matar para conseguirlo? Sí, tendría que hacerlo. Si se

limitaba a robárselo al hombre dormido, no tendría la menor oportunidad de salir de Alemania con él. Otto conocía su verdadero nombre, tal como figuraba en el pasaporte y le esperarían en la frontera. En cambio, si dejaba atrás un muerto, quizá no encontrarán el cadáver - en una casa abandonada - durante semanas o meses, no antes de que él estuviera sano y salvo de regreso a Estados Unidos. Para entonces, cualquier prueba contra él, incluso su posesión del instrumento, sería demasiado endeble para justificar su extradición a Europa. Podía afirmar que Otto le había dado el instrumento para reemplazar el clarinete que perdió al salvarle la vida. No tendría pruebas de ese gesto, pero ellos tampoco tendrían pruebas en sentido contrario.

Se levantó rápida y silenciosamente de la cama, caminó de puntillas hasta el hombre que dormía en la mecedora y lo observó. Sería fácil, dado que ya tenía a mano los medios. La bufanda rodeaba el delgado cuello, lo cruzaba una vez por delante y las puntas colgaban. Dooley anduvo de puntillas hasta quedar detrás de la mecedora, se estiró por encima de los delgados hombros, cogió cada uno de los dos extremos de la bufanda y los separó con todas sus fuerzas. Y los mantuvo así. El músico debía ser más viejo y frágil de lo que había supuesto. Forcejeó débilmente. Incluso mientras agonizaba sostenía el instrumento con una mano y con la otra intentaba coger inútilmente la bufanda. Murió en seguida.

Dooley buscó el latido del corazón para cerciorarse y luego despegó del instrumento los dedos sin vida. Y al fin lo abrazó contra sí.

Sus manos lo sostuvieron y tembló ávidamente. ¿En qué momento podría probarlo sin correr riesgos? No cuando regresara al hotel, en medio de la noche, pues despertaría a los demás huéspedes y llamaría la atención sobre sí mismo.

Pero aquí y ahora, en esa casa abandonada, se le presentaba la posibilidad mejor y más segura que tendría durante mucho tiempo, quizás hasta que estuviera sano y salvo fuera del país. Aquí y ahora, en esa casa, antes de ocuparse de las huellas digitales de todo lo que pudo tocar y de borrar cualquier otra pista de su presencia que pudiera encontrar o que se le ocurriera. Aquí y ahora, pero suavemente, para no despertar a los vecinos dormidos, por si pudieran percibir alguna diferencia entre sus primeros intentos y los del propietario original del instrumento.

En consecuencia, tocaría suavemente, por lo menos al principio, y dejaría de hacerlo de inmediato si el instrumento producía los chirridos y los ruidos desagradables tan fáciles de hacer con un instrumento que no se domina. Pero experimentó la extrañísima sensación de que no le ocurriría eso. Ya sabía cómo manejar una boquilla doble; otrora, en Nueva York, había compartido un piso con un oboísta y probado su instrumento con la idea de conseguir uno para tocar a dúo. Finalmente decidió no hacerlo pues prefería tocar con pequeños combos y el oboe sólo encajaba en grupos grandes. ¿Y la digitación? Bajó la mirada y vio que sus dedos se habían acomodado naturalmente sobre los agujeros o se encontraban encima de las llaves. Los movió y vio que iniciaban, aparentemente por propia voluntad, una sencilla danza de dedos. Los obligó a detenerse y, maravillado, se acercó el instrumento a los labios y sopló suavemente. Y de éste surgió, suavemente, un tono claro y puro del registro medio. Una nota tan rica y vibrante como cualquiera que hubiese interpretado Otto. Con cautela, levantó un dedo, luego otro y descubrió que iniciaba una escala diatónica. Basado en una corazonada,

olvidó sus dedos, se limitó a pensar la escala y dejó que aquéllos se hicieran cargo y así ocurrió, con una pureza total de tono. Pensó una escala en una clave distinta y la tocó; luego un arpeggio. Desconocía la digitación, pero sus dedos la sabían.

Podía tocar el instrumento y lo haría.

A pesar de su entusiasmo creciente, decidió ponerse cómodo. Regresó a la cama y se tendió en ella, como lo había hecho mientras oía tocar al músico, con la cabeza y los hombros apoyados contra la pared. Volvió a llevarse el instrumento a la boca y tocó, esta vez sin preocuparse por el volumen. Ciertamente, si los vecinos lo oían, pensarían que se trataba de Otto y, además, estarían acostumbrados a oírle tocar a altas horas de la noche.

Pensó en algunas de las melodías que había oído en la bodega y sus dedos las interpretaron. Extasiado, se relajó y tocó como jamás lo había hecho con un clarinete. Nuevamente, al igual que cuando Otto había tocado, quedó maravillado por la pureza y la riqueza tonal, tan parecidas al registro chalumeau de su propio clarinete, pero que se extendían incluso hasta las notas más altas.

Tocó y un millar de sonidos se fundieron en uno solo. De nuevo la dulce melodía de las paradojas, negro y blanco fundiéndose en un hermoso y radiante gris de música obsesionante.

Después, aparentemente sin transición, se encontró tocando una melodía extraña que nunca había oído. Pero una melodía que, supo instintivamente, pertenecía a ese maravilloso instrumento. Una melodía de llamada, al igual que lo había sido la música que Otto interpretó cuando las muchachas, reales o imaginarias, hicieron sonar sus tacones hacia él, pero esta vez era distinta... ¿acaso era una sensación siniestra más que sensual la que la sostenía?

Pero era hermosa y no hubiese podido detener la danza de sus dedos ni dejar de darle vida con su aliento aunque lo hubiese intentado.

Entonces, por encima o por debajo de la música, oyó otro sonido. Esta vez no era el clic-clic de los tacones sino un sonido escarbador y arañador, como de millares de minúsculas garras. Las vio cuando súbitamente surgieron de los múltiples agujeros del maderamen en los que antes no había reparado, corrieron hasta la cama y saltaron sobre ésta. Con paralizante rapidez, las piezas del rompecabezas cayeron en su sitio y con un esfuerzo que sería el último de su vida, Dooley apartó el instrumento maldito de su boca y la abrió para gritar. Pero ahora todas estaban a su alrededor encima de él: grandes, leonadas, pequeñas, delgadas, negras... Y antes de que pudiera gritar con la boca abierta, la más grande de las ratas negras, la cabecilla, saltó, cerró sus afilados colmillos en la punta de la lengua de Dooley y se sostuvo así y el grito naciente se convirtió en silencio.

Y El Sonido del festín se prolongó hasta altas horas de la noche en la ciudad de Hamelin.

FIN

Enviado por JR